

LIBRO / «CAMBIO DE RÉGIMEN»

EXPULSADO DE ESPAÑA E IGNORADO EN EL EXILIO ROMANO, LOS ITALIANOS PENSABAN QUE TRAÍA MALA SUERTE. EN «CAMBIO DE RÉGIMEN» RAFAEL BORRÁS ANALIZA EL TRÁNSITO DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA, EL AÑO EN EL QUE SE CUMPLE EL 70 ANIVERSARIO

RAFAEL BORRÁS BETRIU

DÓNDE VAS... ALFONSO XIII

1931 04 14 14.1

Dios mío! ¡Ahora se me mete aquí toda la familia!, exclama la Infanta Doña Eulalia, residente en París, al tener conocimiento de que la Familia Real, tras ser expulsada de España, decide trasladarse a la capital francesa. El jueves, 16 [abril 1931], en efecto, llegan a París Doña Victoria Eugenia y sus hijos el Príncipe de Asturias, Don Alfonso, los Infantes Don Jaime y Don Gonzalo y las Infantas Doña Beatriz y Doña María Cristina.

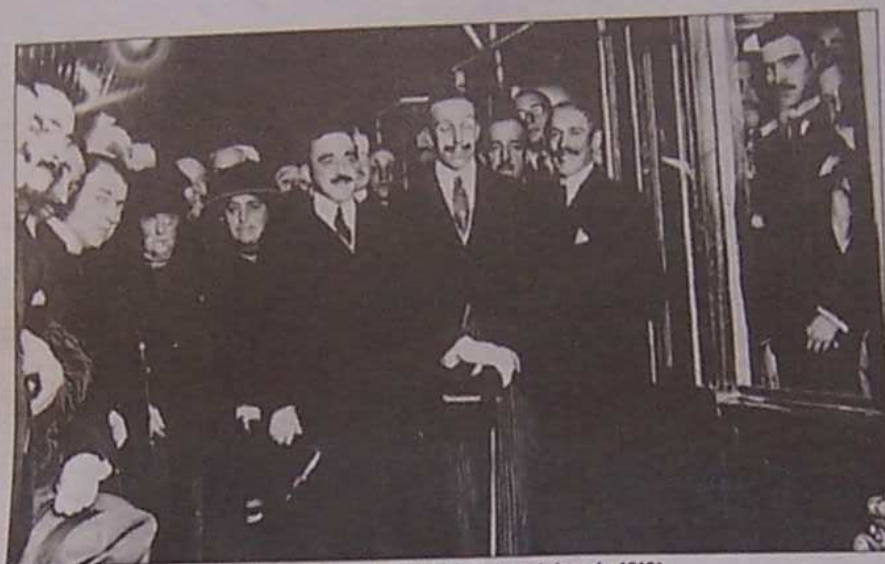
Quiñones de León les da la bienvenida. Con ellos se reúne poco después Don Alfonso XIII, procedente de Marsella en el *Coté d'Azur Express*. El 21 o el 22 —el interesado no lo recuerda exactamente—, el Infante Don Juan, y por esas mismas fechas, día más día menos, la Infanta Doña Isabel, la Chata.

El viernes 17, ABC, de Madrid, publica el manifiesto *Al País* de Don Alfonso XIII. Han pasado 29 años desde que, en 1902, el monarca se dirige por primera vez a los españoles. Si entonces sus palabras son recibidas, como mínimo, con benévola curiosidad no exenta de simpatía, ahora caen en la más completa indiferencia. Gran parte del pueblo español considera que el reinado de Don Alfonso XIII es una página concluida, y que su Dinastía, expulsada una vez más de España, pertenece ya, definitivamente, a un pasado que no ha de volver. Instalados en Fontainebleau, el Rey después mantiene diversas habitaciones en el hotel Meurice de París. Días después de su entrevista con Don Alfonso XIII en la que relata las vicisitudes de su viaje de Cartagena a Marsella, Francesc Cambó le ve allí de nuevo de curiosa manera (...). «Yo iba al Meurice, a visitar a una familia amiga. Era media tarde. En un rincón del hall "vitré", detrás de una mesa, estaba sentado Don Alfonso: solo, sin la compañía de un libro, de un diario, de una copa. Al cabo de hora y media, realizaba el mismo camino, en dirección inversa, hacia la puerta: Don Alfonso continuaba igual, sentado detrás de la misma mesa, isin un libro, ni un diario, ni una copa».

VIVIENDO EN HOTELES

Cambó, uno de los últimos sostenes del tinglado de la Restauración cuando el sistema boquea, contempla ahora la imagen patética de un hombre al que equivocadamente ha intentado salvar de sí mismo. En tanto para sus hijos el exilio, de alguna manera, representa la liberación de la jaula de oro del palacio de Oriente en que vivían enclaustrados, a Don Alfonso XIII le aboca a una vida sin sentido, que le permite, no obstante, hacer un descubrimiento para él insólito: «No entiendo cómo nadie puede quejarse de los hoteles. Son mucho mejores que los palacios reales», le dirá tiempo después a César González-Ruano.

París no vale un trono. Don Alfonso XIII se convierte en un desarraigado, pero ahora en tierra extraña. En 1934 *El Caballero Audaz* escribe: «En los tres años que han pasado desde aquella noche trágica, Alfonso XIII ha recorrido todas las rutas del mundo... Su silueta fue descubierta en todas las carreteras, en los pasillos de los grandes expresos y en los puentes de los transatlánticos de lujo... Desde Francia inició sus rutas por todas las puntas de la rosa de los vientos... Estuvo en Austria, Alemania, Bélgica, Dinamarca, Italia, Inglaterra... En las islas del Báltico y en Egipto, en Mónaco y en Malta, en Che-



Alfonso XIII, en la inauguración del Metro de Madrid (17 de octubre de 1919).

coslovaquia y en Suiza, en Tierra Santa y en Turquía, en la India inglesa y en Grecia... He aquí el poema moderno y dramático del rey nómada, del español errante, del hombre cuya alma parece obstinada en alejarse de un pasado que siempre va con él...

José Luis de Vilallonga recuerda que, cuando recalaba en Roma «Don Alfonso, según explicaba mi padre, estaba muy harto de su condición de exiliado. Ya no le hacía ninguna gracia poder salir solo a la calle para comprar el periódico o su ración de cigarrillos en el estanco cercano. «Salvador —le decía a mi padre—, la libertad es mucho más aburrida de lo que yo creía. No entiendo por qué la gente cree que la libertad es necesaria para vivir feliz. En Madrid yo nunca tenía un minuto que perder. Aquí, mis días están vacíos, desesperadamente vacíos, y no sé si podré soportar esto durante mucho tiempo». Excepción hecha de los primeros días de su llegada a Roma, la alta sociedad italiana ya no hacía gran caso del Rey de España. En cuanto a los ciudadanos en general, estaban convencidos de que don Alfonso traía mala suerte y sólo pronunciaban su nombre al mismo tiempo que tocaban madera. Tampoco eran muchos los españoles que iban a visitarle, por temor a que sus nombres fueran a engrosar las listas negras de la policía política de la República. No siendo don Alfonso un hombre de gran cultura a quien pudieran interesar los museos, las bibliotecas y el comercio con mentes eruditas o intelectuales de altos vuelos, al antiguo rey sólo le quedaban el *bridge* y las mujeres. Entre los

aficionados al *bridge*, don Alfonso pasaba por ser un jugador poco interesante al que a muchos les resultaba molesto ganarle dinero. En cuanto a las mujeres, el panorama había cambiado drásticamente porque una cosa era acostarse con el Rey de España en el apogeo de su realeza y otra muy distinta mantener relaciones carnales en un cuarto de hotel con aquel señor triste y preocupado cuya insoportable halitosis había aumentado considerablemente desde que estaba en el exilio. Un Borbón sin mujeres, sólo es medio Borbón, y eso don Alfonso lo admitía difícilmente».

AUDIENCIAS REALES

El exilio comporta también algunas servidumbres chuscas, como atender ciertas peticiones de audiencia. González-Ruano explica en sus memorias: «En Roma conocí a Armand Godoy, hombre rico disfrazado de poeta, bohemio que vivía en París queriendo hacer el Heredia. Se parecía físicamente a Aristides Briand y era un pesado de pronóstico. Estuvo dándome la gran tabarra con que quería conocer a Don Alfonso XIII, hasta que le conseguí una audiencia en el Gran Hotel. Godoy apareció con traje negro y condecoraciones y su mujer con traje negro también y mantilla blanca española, hecha un demonio. Estuve por preguntarles si creían que el Rey era un paso de Semana Santa, pero consideré más oportuno darles algunas instrucciones sobre el protocolo de la audiencia, que fue espantosa. A la salida la señora de Godoy venía toda emocionada y se creyó en la obligación de ponderar a Don Alfonso:

«¡Ay, qué señor más simpático y más amable!... Y luego... ¡qué distinguido! ¡Cómo se ve que es de buena familia! Cuando se lo conté al Rey, creí que se moría de risa».

Treinta años antes de las decisivas jornadas de abril de 1931 Joaquín Costa escribe: «Con su renuncia, no haría la Dinastía sino pagar una pequeña parte de la deuda que tiene contraída con la nación. No hay estadístico que pudiera encerrar en guarismo los daños que ha recibido, los sacrificios que ha hecho en holocausto al nieto de Luis XIV y de sus sucesores. España podría marchar a la cabeza de las naciones más adelantadas, más ricas y más fuertes de Europa si hubiese dedicado a cultivar el cerebro nacional y a mejorar la geografía de la Península, el oro y las vidas que ha sacrificado a la Dinastía desde la guerra civil y extranjera de 1702-1711 hasta la guerra civil y extranjera de 1895-1898: guerra de sucesión y Tratado de Utrecht, con pérdida de Orán y Gibraltar; guerras con Inglaterra por causa del pacto de familia; guerra por la abdicación de Bayona y a favor de la independencia; espantosas guerras civiles, siempre renacientes, por rivalidades entre las dos legitimidades; guerras coloniales, con pérdida de la América meridional y México en 1810-1826, y de las Antillas y Filipinas en 1898; la inquisición política de Fernando VII; los fusilamientos de doña Isabel: ¡que la Dinastía corresponda, por fin, dejando de ser un estorbo a su resurrección!».

ORDEN DE EXPULSIÓN

Con su marcha de España el Rey no cumple la exigencia ética reclamada por Joaquín Costa: se limita a acatar la orden de expulsión —«antes de la puesta del sol»— decretada por el Comité Revolucionario. El 5 de mayo de 1931 ABC, de Madrid, publica una entrevista de Juan Ignacio Luca de Tena con Don Alfonso XIII, que se halla en Londres tras gestionar el ingreso del Infante Don Juan en la Escuela Naval de Dartmouth. En ella quien fuera Rey desde el momento de su nacimiento afirma solemnemente: «La Monarquía acabó en España por el sufragio, y si alguna vez vuelve ha de ser asimismo por la voluntad de los ciudadanos». Hermosas palabras que los hechos desmentirán, pues Don Alfonso XIII prestará su más decidido apoyo al derrocamiento de la República no mediante las urnas, que la revalidan en 1931, en 1933 y en 1936, sino a través de las armas, sin que ello le sirva para la reconquista del trono. «Seguramente él presentaría lo que le esperaba en el destierro —aventura Martínez Saura—. (...) Mas lo que tal vez no creyera —pues ni el propio don Alfonso podía imaginarse que fuera a haber tanto chalanee en la familia— era que de su carta de abdicación se fuera a hacer tan poco caso: "... ofrezco a la nación la renuncia de mis derechos para que por la ley histórica de sucesión a la Corona, quede automáticamente designado, sin discusión posible en cuanto a la legitimidad, mi hijo el príncipe don Juan, que encarnará en su persona la institución monárquica y que será el día de mañana, cuando España lo juzgue oportuno, el rey de todos los españoles». Pleitos familiares aparte hay, sin embargo, un hecho que subsiste: el que unas simples elecciones municipales, celebradas el 12 de abril de 1931, dos días después den paso a la caída de la Monarquía y a la proclamación pacífica y alborozada de la Segunda República, sin que en defensa de la Institución intervenga ni un solo piquete de alabarderos.

ALFONSO XIII ESTABA HARTO DE SU CONDICIÓN DE EXILIADO: «LA LIBERTAD ES MUCHO MÁS ABURRIDA DE LO QUE CREÍA. NO SÉ POR QUÉ LA GENTE CREE QUE ES NECESARIA PARA SER FELIZ»